

PRÓLOGO Á ESTA VERSION ESPAÑOLA.



Las vidas de los héroes cristianos que la Iglesia nuestra madre nos propone como modelos acabados en toda virtud y perfeccion, y como intercesores y medianeros con Dios nuestro Señor, son sin duda alguna una de las fuentes mas ricas y preciosas de la literatura católica, y su lectura un manjar tan dulce como saludable para los que peregrinan en este mundo con el corazon puesto en la patria celestial y atento á los preceptos y consejos del Evangelio; mas entre ellas hay algunas mas convenientes y proporcionadas que otras para este altísimo fin, atendidas la condicion de los tiempos y las necesidades de las almas en cada época. La Providencia de Dios, tan tiernamente solícita por el bien de los hombres, y tan admirable siempre en sus santos, suscita dechados de santidad cerca de nosotros, á los cuales nos parece estar viendo y oyendo; varones que vivieron, por decirlo así, ayer, que se santificaron casi en el mismo medio que nosotros, que triunfaron de los ídolos todavía reinantes, y que nos muestran las palmas de las victorias que alcanzaron donde nosotros corremos grave peligro de sucumbir. Sabido es por otra parte que algunos santos resplandecen singularmente entre los demas por haber llevado en sus manos la luz de la doctrina católica, la cual sigue luciendo siempre, iluminando los entendimientos y moviendo los corazones de los fieles en los inmortales escritos que dejaron en herencia preciosa á la Iglesia en cuyo seno florecieron. Aun entre estos últimos, aunque todos eximios en virtudes heróicas, hay sus diferencias en orden al provecho que producen sus obras; porque unos combatieron errores que hoy nadie profesa, ó defendieron verdades que hoy nadie es osado á negar, ó enseñaron á ordenar la vida y las costumbres en circunstancias diversas de las que despues vienen á pedir nuevos maestros y guias nuevos que, sin apartarse ni un solo punto de

la enseñanza católica, que todos ellos profesan, antes siguiéndola fielmente, la apliquen, según las diferencias y accidentes que distinguen unas épocas de otras, á los diferentes casos y circunstancias. Por último, aunque todos los santos poseyeron las virtudes todas en grado heróico, mas en cada uno de ellos suele resplandecer por un modo singular esta ó aquella virtud, que forma, por decirlo así, su caracter distintivo; y suele acaecer que aquella en que cada santo mas floreció, le rodee á nuestros ojos de mayor ó menor grado de influencia conforme á las disposiciones de nuestro corazon. Ahora bien, la vida de San Francisco de Sales es, por todas estas razones, una de las que entre todas las vidas de los Santos nos parece estar destinadas en la altísima y suavísima ordenacion de Dios á hacer mas copioso fruto espiritual; porque sobre haber exhalado este santo el riquísimo perfume de sus virtudes en tiempos muy cercanos y parecidos á los nuestros, cuando ya habian empezado las sediciones y discordias con que turbaron y ensangrentaron el mundo los errores de Lutero y de Calvino, los escritos con que ilustró á la Iglesia y la mansedumbre y dulzura de su espíritu, le aseguraron un ascendiente soberano sobre los corazones, un imperio tan general y un atractivo tan poderoso, que no hubo apenas en sus tiempos quien resistiera á las palabras que salian de sus labios, ni quien no se sintiera conmovido á vista de la hermosura de su espíritu, hecha visible en todos los actos de su vida, ni hay en los nuestros quien no se sienta cautivado por esta belleza sobrehumana, tal como nos aparece en las obras y palabras del santo Obispo.

No es nuestro animo reproducir aquí la imagen moral de S. Francisco de Sales, aquella altísima semejanza del divino Salvador, prototipo adorable de santidad, que el gran apostol del Chablais trasladó fielmente en sí mismo, y por la cual la Iglesia le elevó al honor de los altares. Si tal fuera nuestro intento, nos sería harto fácil el cumplirlo solo con reproducir las palabras en que hizo el retrato de su santo Padre aquella mujer fortísima, á quien fué dado formar su espíritu teniendo ante los ojos el mismo original, y oyendo de sus propios labios los avisos y documentos que estamparon en su alma con el fuego del amor divino, la imagen misma de su santo Director espiritual. «Mi bienaventurado Padre» (son palabras de la ilustre fundadora de la orden de la Visitacion) «tenia un espíritu vivo, claro y universal; y nuestro Señor nada habia dejado de

hacer para perfeccionar esta obra, que su mano poderosa habia formado para sí.» No nos detendremos pues en las virtudes que adornaban su alma como riquísimas joyas engastadas en purísimo oro; en su igualdad de espíritu, en su fortaleza, en su paciencia nunca turbada; en aquella lumbre vivísima que el Señor habia puesto en el centro de su alma, y que le hacia ver con una simple mirada la verdad y excelencia de la fe católica; en aquel abandono en las manos de la Providencia y en aquella confianza en Dios, que le movia á esperar con tanta mayor firmeza el buen suceso de sus santas empresas, cuanto mas desesperadas parecian á los ojos de la prudencia humana; en aquel perfecto desinterés en el servicio de Dios, gracias al cual se hallaba poseido de santa indiferencia para todo lo que no fuese de su agrado, incluso las consolaciones espirituales que nuestro Señor concede á los que le sirven con fervor, pudiendo decir: «Si hubiese en mi corazon una fibra siquiera de amor que no fuese para Dios ó de Dios, luego al punto la arrancaría de él;» en aquella union continua de su entendimiento y de su corazon con Dios, de la que no eran parte á separarle ni la muchedumbre de los cuidados y negocios, ni ninguna cosa de este mundo; en aquel celo ardentísimo de la salvacion de las almas, que le hacia dejar las obras del servicio inmediato de Dios, cuando no eran obligatorias, para acudir á servir á los prójimos; ni en las demás dotes y excelencias con que quiso elevarle el Señor á la mas eminente perfeccion, haciéndole en un todo «una imagen viva del Salvador,» según la bella espresion de la santa Baronesa de Chantal. Solo queremos hablar de las virtudes con que nuestro dulcísimo S. Francisco trasladó en su vida y en el espíritu todo de sus obras el rasgo mas bello del mas hermoso entre los hijos de los hombres, conviene á saber, la humildad y mansedumbre del divino Salvador. De esta última virtud dice egregiamente uno de los primeros oradores de los tiempos modernos, el P. Macc Carthy, que cuando llega al grado de perfeccion que alcanzó en el corazon de S. Francisco de Sales, debe ser tenida, mas que por una virtud particular, por complemento y madurez de todas las demas virtudes, y sobre todo del desprendimiento evangélico y de la humildad.

Hay quienes tienen de la virtud y piedad cristiana una idea no menos falsa que funesta: creen que el justo que se forma en la escuela de Jesucristo, tiene algo parecido con el que

idearon los estóicos, cuya doctrina han reproducido en nuestros tiempos los orgullosos filósofos de la escuela de Kant; virtud que parece separarles del resto de los hombres, imprimiendo en todo su sér cierto carácter duro, austero, semisalvaje: nada mas falso, repetimos. El divino autor de la moral cristiana, dechado adorable de toda virtud y perfeccion, «era manso y humilde de corazon; ocultaba su majestad y poder para que solo se viese su misericordia y su bondad; todas sus palabras respiraban indulgencia y amor; todas sus acciones eran otros tantos beneficios; llamaba hácia su adorable persona á todos los afligidos para consolarlos, á todos los enfermos para sanarlos, á los pecadores todos para perdonarlos; á los ultrajes respondia únicamente con la paciencia; contra el furor de sus enemigos solo oponia pruebas del mas tierno amor; lloró sobre Jerusalén la pérvida, abrazó á Judas, é hizo oracion por los que le crucificaron. El Evangelio entero de Jesucristo no es otra cosa sino una ley de clemencia y caridad. Id, dijo á sus discípulos, yo os envio como á corderos entre lobos; amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á todos, imitad á vuestro Padre celestial, que hace brillar el sol sobre los buenos y los malos. Bienaventurados los que padecen con paciencia persecucion por la justicia. ¡Bienaventurados los mansos!»

He aquí las lecciones que se oyen en la escuela de Jesucristo; he aquí el modelo por excelencia de la única santidad que el mundo mismo conoce por verdadera, aunque no tenga valor para abrazarla. Ahora bien, ¿quién oyó mejor que el santo Obispo de Ginebra las lecciones del divino Maestro, ni las grabó mas profundamente en su corazon y las puso por obra con mayor fidelidad? ¿Quién copió con mas exactitud que él los divinos ejemplos de humildad y mansedumbre con que el Salvador de los hombres confirmó las palabras en que, hablando de sí mismo para servir de modelo á sus discípulos, les decia: *mitis sum et humilis corde?* Esta virtud, observa su ilustre panegirista, á quien antes citamos, de tal suerte forma el carácter propio y distintivo de S. Francisco de Sales, que no es posible ni siquiera mentarla, sin que en el punto mismo se ofrezca á nuestra mente la imagen de este dulcísimo santo. La paz del Espíritu Santo, añade el P. Macc Carthy, hacia su morada en este corazon tan puro como pacífico; de donde se derramaba á su semblante y á todo su exterior, dando hasta al mas mínimo de

sus movimientos aquella igualdad, aquella moderacion, aquel decoro que eran el encanto de cuantos le veian, pues comunicaba á su persona toda una belleza menos humana que celestial. «Su igualdad de espíritu, escribia Santa Juana Francisca, era incomparable; nadie le vió jamás colérico, aunque era muy vivo y de un temperamento todo fuego..... ¿Quién pudo jamás notar turbada su paciencia, su aire menos modesto ó menos agradable, su alma alterada contra alguno?»

Júzguese por aquí cuál no sería la poderosa virtud de este amantísimo Santo para convertir á los herejes. Sabida cosa es que la fuente y principio de los errores, y especialmente de las heregías y de la incredulidad, el *fomes* de que se engendran y alimentan las sectas, está en el corazon, cuando desgraciadamente se halla poseido y dominado del orgullo y de la concupiscencia de la carne y de los ojos. Los padres del racionalismo contemporáneo, cuyos perversos errores tan victoriosamente combatió nuestro Santo, Lutero y Calvino, ¿fueron por ventura limpios de corazon? A Teodoro de Beza, discípulo y sucesor del segundo de estos heresiarcas, ¿qué cosa le retuvo en la esclavitud del error, despues que se lo hizo ver claramente San Francisco de Sales, sino los lazos de una pasion deshonestas? No basta pues convencer á los que yerran de los estravíos de su inteligencia; es preciso además ganar su corazon, y hacerle cautivo de la fe con los atractivos que poseen aquellos en quienes resplandece la belleza de la virtud, coronada con la aureola de la paciencia y de la dulzura cristiana. La verdad, bella y amable en sí misma, recibe nuevos y poderosos encantos en los labios ó bajo la pluma de los que, al declararla á los demas con el esplendor y la fuerza de la elocuencia, se insinuan en el corazon con la gracia y dulzura que destila la palabra del hombre cuando sale inflamada en el fuego del amor divino. Así se explica muy bien que nuestro Santo lograra triunfar tantas veces de la obstinacion de tantos herejes. Triunfó, no tanto con la fuerza de la verdad que resplandecia en sus elocuentes discursos, como con el prestigio de su dulzura. Otros podian como él convencerlos, pero S. Francisco poseia el don de convertirlos, decia el Cardenal Du Perron.

Este mismo don recibió del cielo el Santo Obispo de Ginebra para la conversion de los pecadores. La fama de su amable dulzura traia á su presencia, aun de lugares remotos, hombres endurecidos en la maldad, á quienes la conciencia no les dejaba

gozarse tranquilamente en la iniquidad, aunque no tuviese fuerza bastante para volverles á Dios y hacerles confesar sus pecados. Mas cuando oian el tierno lenguaje de S. Francisco de Sales, la dulcísima palabra con que les descubria todo lo que hay de bello y amable en la ley del Señor, y de feo y abominable en el pecado, que la traspasa; cuando se sentian llamados á nueva vida por aquel varon santísimo, en quien luego veian un padre compasivo, un amigo fiel, pronto á dar por ellos su vida; al leer en sus ojos la ternura de su caridad, y al oir de su boca palabras llenas de unción suavísima, luego se sentian trocados en otros hombres, y allá en lo interior de su corazón, blando como la cera al influjo del fuego del amor, se reconocian vencidos y como sojuzgados por los encantos de una bondad sobrehumana.

Poseia además S. Francisco de Sales el don singularísimo de dirigir las almas por los caminos de la perfección evangélica. Y cuenta que su anhelo por elevarlas á la mas alta santidad no se limitaba á las que abrazaban el estado de vida perfecta en lo interior del claustro, por ejemplo á las religiosas de la Visitación, sino se extendía á toda clase de personas, de cualquier estado y condición que fuesen, desde la mas humilde hasta la que brilla con la majestad de los príncipes y demás señores de la tierra. Precisamente para las gentes que viven en el mundo compuso el Santo su *Filotea*, ó Introducción á la vida devota, que es como un ramillete de olorosas y bellísimas flores, cogidas en el místico jardín que antes de S. Francisco cultivaron los autores ascéticos, y reunidas por nuestro autor con tan primoroso artificio, que á su intrínseca excelencia parecen añadir la gracia de la novedad con todos los atractivos que acertó á comunicarles la amable dulzura del Santo. En este libro, las virtudes mas sólidas parecen fáciles y hasta agradables; y la perfección cristiana, que antes parecia una montaña á donde solo podian subir y morar los hermitaños, se ofreció á los ojos de los que viven en el mundo como un camino sembrado de flores. Baste recordar que este gran maestro de espíritu enseñó en su *Filotea* á practicar la perfección hasta en las acciones de danzar y jugar, y en toda honesta recreación. No es pues maravilla se haya dicho que no bien comenzó á mostrarse *Filotea*, cuando todo mudó de semblante en las mas nobles moradas. Entonces se vió la verdadera piedad, la cual se abrió camino hasta los palacios de los reyes y hasta bajo las tiendas de los

campamentos, no sin establecer asimismo su dulce imperio en el foro, en los despachos de los mercaderes y banqueros y hasta en las chozas de los pastores.

En resolución, como el Santo, imitando al divino Maestro, comenzó primero á obrar la virtud y la perfección, y despues las enseñó de palabra y por escrito, resulta que en sus ejemplos se reflejan claramente las lecciones de su dulcísimo magisterio, y al través de sus palabras se ve aquella misma alma ilustrada del cielo que nos refiere su *Vida*. Vean pues nuestros lectores si es interesante la vida de S. Francisco de Sales, en la cual se contienen la noticia precisa y fiel de sus virtudes, y la sustancia, por decirlo así, de sus suavísimos libros.

El número y excelencia de los últimos son tales, que con razón espera el orbe católico sea declarado y reconocido nuestro Santo por Doctor de la Iglesia universal. A la vista tenemos el *postulandum* que el Obispo de Annecy con otros venerables prelados han elevado á este propósito á la Santa Sede, donde se compendian con admirable concisión los insignes merecimientos que hacen digno á nuestro Santo de tan esclarecido honor. En este documento recuerdan sus venerables autores todos los escritos que dió nuestro Santo á luz, pertenecientes unos á la teología tanto dogmática como apologética y ascética, y otros á las costumbres, á la disciplina y á la liturgia. Entre las obras apologéticas citan dichos prelados como la principal el libro de las Controversias, del cual no dudaron en afirmar mas de un Obispo que «Atanasio, Ambrosio y Agustin no vindicaron la fé con mayor ardor que S. Francisco de Sales.» Hablando de la *Filotea* recuerdan el dicho del Obispo Giarda, contemporáneo y biógrafo del Santo, es á saber: que este libro «merece tantos encomios como son los caracteres que contiene;» y asimismo recuerdan el juicio de los doctores de la Sorbona, quienes públicamente dijeron que merecia correr unida con las obras de S. Gregorio, S. Ambrosio y S. Agustin. A cuyo elogio añadió el Cardenal Franciotto el suyo, diciendo que «en ese libro se contiene una sabiduría mas angélica que humana.» «El bienaventurado Francisco de Sales, dijo el Cardenal Sachet, prefecto de la sagrada Congregación de Ritos, vive todavía en los aureos y seráficos escritos suyos, que tan copiosos frutos están produciendo por todo el orbe. La *Filotea* ó Introducción á la verdadera piedad, las Cartas espirituales, el Tratado del Amor de Dios y las demás producciones, ora mis-

ticas ora polémicas, traducidas á casi todos los idiomas, andan en manos de todos con grandísimo provecho. No es posible hojear estas páginas sin que se sienta uno arder en amor de Dios y de la perfeccion; no hay quien no encuentre aquí avisos y documentos acomodados á su respectivo estado, ahora viva en el siglo, ahora en el claustro, bien sea célibe, ó casado, ó príncipe, ó particular. Habiéndose hecho todo para todos consultó el Santo á la salvacion de todos.» Entre las alabanzas que trae el venerable Obispo de Annecy en honor de nuestro Santo, no queremos omitir la del Cardenal Delcio, porque nos parece resumir todas las demás. Héla aquí. «Queriendo inflamar los corazones de los fieles en las llamas del amor divino, escogió San Francisco de Sales un modo enteramente divino, y mostró el camino de la salud.»

No queremos estendernos mas reproduciendo otros brillantes y autorizadísimos testimonios, que asimismo invocan el Obispo de Annecy y sus venerables compañeros en el Episcopado para confirmar su peticion, si bien es justo observar á nuestro propósito con estos sábios Prelados, que la gloria de S. Francisco ha ido creciendo con el tiempo; que ante este dulcísimo y elevadísimo nombre, hasta las pasiones mas hostiles y furiosas se quiebran y moderan; que no hay otro nombre mas acepto para tantas y tantas almas como en nuestra época resisten la verdad, que el nombre de San Francisco de Sales; y por último, que los errores que hoy dia traen á la sociedad turbada y desquiciada, no son sino corolarios de los que tan victoriosamente combatió el santo Obispo de Ginebra.

Estas razones, invocadas en el elocuentísimo *postulandum* á que nos referimos, como otros tantos títulos de nuestro Santo para ser elevado al altísimo honor de Doctor de la Iglesia, recientemente otorgado en obsequio de S. Alfonso María de Liguorio (cuya vida se ha publicado recientemente por estenso en castellano); estas razones, decimos, bien pueden alegarse en prueba de la oportunidad con que ahora sale á luz la presente obra. A que se añade otra razon muy preciosa. Publicada la Vida de la insigne Fundadora de la Orden de la Visitacion, Santa Juana Franciscana de Chantal, obra traducida de la que escribió en francés con gran riqueza y variedad de noticias y singular encanto y suavidad de estilo el Sr. Abate Bougaud, natural cosa era que á ella se siguiera esta otra del Fundador de la misma Orden, padre espiritual de aquella santa baronesa, en cuya úl-

tima Vida resplandecen todas aquellas escelencias que eran de esperar de su diligentísimo y piadosísimo autor, el venerando Abate Ammon, Cura de San Sulpicio, que há poco murió en olor de santidad. Circunstancia muy de notar en este caso, porque sabido es que las historias de los Santos solo los Santos las escriben bien. Para que la conformidad sea mayor, así como la traduccion de la Vida de Santa Juana ha sido de una Religiosa de la Visitacion del segundo Monasterio de esta Corte, así la de la Vida de S. Francisco pertenece á otra Religiosa del primer Monasterio, que asimismo florece en Madrid como uno de los mas bellos ornamentos de la religion; habiendo promovido ambas publicaciones el Ilmo. Sr. D. Saturnino Fernandez de Castro, Obispo de Leon, discípulo apasionado de S. Francisco, en cuya escuela maravillosa ha formado su espíritu y aspira á que se forme el de los demás, y cuyos ejemplos son la luz que le guía en el régimen de la Diócesis que ha tenido la dicha de verse regida y gobernada de tan buen pastor. Una alma devota del Santo Obispo ha costeadado la impresion de este hermoso libro. ¡Quiera el cielo bendecir tantos y tan piadosos afanes, comunicando á esta vida del glorioso obispo y confesor aquella virtud soberana que él poseyó mientras moró sobre la tierra, de convertir los corazones, y encenderlos en el fuego del amor divino, y de ilustrar y apacentar las almas en los caminos de la santidad!

Madrid 11 de diciembre de 1875.

Don Manuel Ortó y Lara.